

operacion le arranca un grito; abre los ojos, y dice con voz moribunda:

—¿Estamos en libertad?... Dónde me encuentro?

—En los brazos de tu amigo, exclamó Teodoro.

—Él es quien os ha librado!, exclamaron á un mismo tiempo todos los marinos del equipaje: este jóven oficial es el que ha muerto al corsario. Viva el oficial de marina!

—Viva Teodoro Galvez! dijo Gabriel estrechando á su amigo contra su pecho, y toda la tripulacion repitió. Viva!

—Ves que con valor y resolucion se pueden reparar los yerros, dijo Teodoro á su amigo. Cuando me separé de tí, me embarqué como simple marinero; he trabajado; me he batido; he ganado mi charretera; nada mas necesito para ser feliz, sino tu perdón.

Gabriel, por toda respuesta, abrazó á su primo, y luego su amistad no volvió á turbarse; porque si el antiguo defecto de Teodoro intentaba algunas veces despertarse, Gabriel le llamaba de nuevo *Burlon*, y este nombre producía un efecto de talisman; parecia que con él se despertaba en Teodoro el recuerdo de todas las desgracias que este nombre le habia acarreado; entonces compadecido su amigo al ver su penosa conmocion, le decía. —Tranquilízate, nada tienes ya que temer de su antiguo carácter, y el mérito de haberlo vencido te coloca sobre tus camaradas de colegio, pues de todos los géneros de esfuerzo, el mas santo, el mas raro, el mas heróico es el de saber tener ánimo para arrepentirse, y vencer su genio.

M.

HISTORIA SAGRADA.

ABIMELECH. — JEPHTÉ.

Abimelech, hijo de Gedeon, se hizo nombrar rey, y gobernó á Israel durante siete años. Pero entonces los habitantes de Sichein comenzaron á aborrecerle, criticándole el que hubiese dado muerte á sus setenta hermanos.

—Destruyeron las vides, pisaron los racimos, y danzando y cantando entraron en el templo de su Dios, y en medio del festín alzaron imprecaciones contra Abimelech.

Este príncipe juntó un ejército numeroso, y avanzó contra Sichein.

Gaal, que se hallaba á la cabeza de los Sichimitas, salió de la ciudad y marchó á su encuentro. Abimelech le puso en huida,

y sitió luego á Sichem tomándolo á poco. Despues de pasar á cuchillo á los habitantes, destruyó completamente la ciudad.

Solo quedaba en pié la torre, á la cual se habia refugiado mucha gente.

Abimelech la prendió fuego, y todos los que dentro se hallaban fueron ahogados por el humo ó consumidos por el fuego.

De allí se encaminó á la ciudad de Tebas, que acometió con su ejército, poniéndola sitio. Apoderóse de ella y avanzó hasta el pié de una torre que dominaba la ciudad, y que servia de guarida á los principales personajes del pais. La puerta estaba cerrada y fortificada con esmero, y habian subido á las almenas para defenderse.

Abimelech se hallaba al pié de la torre combatiendo valerosamente, y acercándose á la puerta se ocupaba en aplicarla fuego, cuando una mujer lo vió, y le dejó caer sobre la cabeza un enorme pedazo de una rueda de molino. Herido en la frente y rotos los sesos, Abimelech llamó á su escudero y le dijo:

—Saca la espada y márame, á fin de que no se diga que he muerto á manos de una mujer.

Así murió Abimelech en castigo del asesinato de sus setenta hermanos, que sacrificó para hacerse rey.

Thola y Jair mandaron despues de él en clase de jueces. A la muerte de Jair, los Israelitas cesaron de adorar al Señor para celebrar el culto de Baal.

Dios los entregó á los filistinos y á los Amonitas.

Habia entonces un hombre de guerra, fuerte y valeroso, que se llamaba Jephthé, arrojado de la casa de Galaad, su padre, por sus hermanos.

Moraba en el pais de To, y estaba á la cabeza de gran número de gentes, que como nada tenian vivian de la rapiña. Su fama se extendió por lejanas regiones, y su nombre resonó en todo Israel.

Este pueblo sufría entonces el dominio de los Amonitas, y procuraba sacudir tan pesado yugo.

Los ancianos de Galaad fueron á buscar á Jephthé, y le pidieron el auxilio de su fuerte brazo.

—Venid, le dijeron, sed nuestro príncipe, y batid á los hijos de Ammon.

—Vosotros sois los que me habeis perseguido, respondió Jephthé. Vosotros habeis cerrado para mí la casa de mi padre, y ahora me solicitais, porque os acosa la necesidad. Si al proponerme que combata á vuestro lado contra los hijos de Ammon os guia un deseo sincero, ¿seré vuestro príncipe en caso de que el Señor los haga venir á mis manos?

—Que Dios que nos oye sea testigo de que estamos en cumplir lo que prometemos!

Jephté partió con ellos, y todo el pueblo le eligió por jefe. En seguida prometió obediencia al Señor. Hecho esto, envió emisarios al rey de los hijos de Ammon para que le dijese, de su parte:

—Qué hay de comun entre nosotros? por qué habeis venido á atacarme asolando mi pais?

El rey de los Amonitas le respondió:

—Porque Israel, viniendo de Egipto, se ha apoderado de la tierra que yo poseia. Restituídmela y tendremos paz.

Jephté le replicó que aquel pais habia sido dado por el Señor á los Hebreos, y que no podia renunciar á este don.

El rey de los Amonitas no quiso contestar á estas palabras: Jephté al prepararse para combatir hizo al Señor este voto:

—Señor, si haceis que caigan en mi poder los hijos de Ammon, os daré en holocausto al primero que salga de la puerta de mi casa y venga á recibirme, cuando yo vuelva victorioso.

Y se dirigió á las tierras enemigas para pelear. Guiado por el Señor, tomó y destruyó veinte poblaciones, y los hijos de Ammon perdieron gran número de los suyos.

Entonces pensó Jephté en dar la vuelta á su casa, y cuando iba á entrar en ella, vió á su hija única que se adelantaba hácia él danzando al son de los tambores.

Jephté desgarró sus vestidos.

—Cuán desgraciado soy! exclamó. Pobre hija mia! Dios mio! y he de inmolar á mi hija!...

—Padre mio, dijo la doncella, si habeis hecho ese voto al Señor, cumplid cuanto habeis prometido. Empero dejadme que permanezca dos meses en el desierto, para llorar con mis compañeras.

—Vete pues, hija mia, respondió Jephté.

Al cabo de dos meses volvió la pobre niña, y su padre ejecutó el voto que habia hecho.

De aquí viene la costumbre de que todas las hijas de Israel se reúnan una vez al año para llorar durante cuatro dias á la hija de Jephté.

HISTORIA NATURAL.

LA HIENA.

VEIS, queridos niños, ese animal tan feo, de ojos centellantes y mirada traidora, y que despidе un fétido olor? es la hiena. Es tal vez, dice Bouffon, el único de los animales cuadrú-

pedos que no tiene mas que cuatro dedos, tanto en los pies de adelante como en los de detrás; tiene las orejas estiradas, derechos, desnudas; la cabeza mas cuadrada y mas corta que el lobo; las piernas, sobre todo las de atrás, mas largas; los ojos colocados como los del perro; el pelo del cuerpo ceniciento. Su crin se eriza cuando está irritada. Sus patas de adelante son mas cortas que las de atrás; su mirar atravesado, vizco centelleante; deja ver dientes puntiagudos y cortantes. El paso de la hiena es pesado, embarazoso; su tamaño como el de un lobo; pero su cuerpo es mas corto y recogido.

Este animal cruel y solitario habita en las cavernas de las montañas, en las hendiduras de las rocas, ó en cuevas que ella misma se fabrica escavando la tierra. Es de un natural feroz, y aunque la cojan pequeña jamás se domestica. Vive como el lobo de las presas que hace; pero es mas fuerte y mas atrevida que él. Algunas veces ataca á los hombres, se arroja sobre las caballerías, sigue de cerca á los ganados, y muchas veces rompe de noche las puertas de los establos.

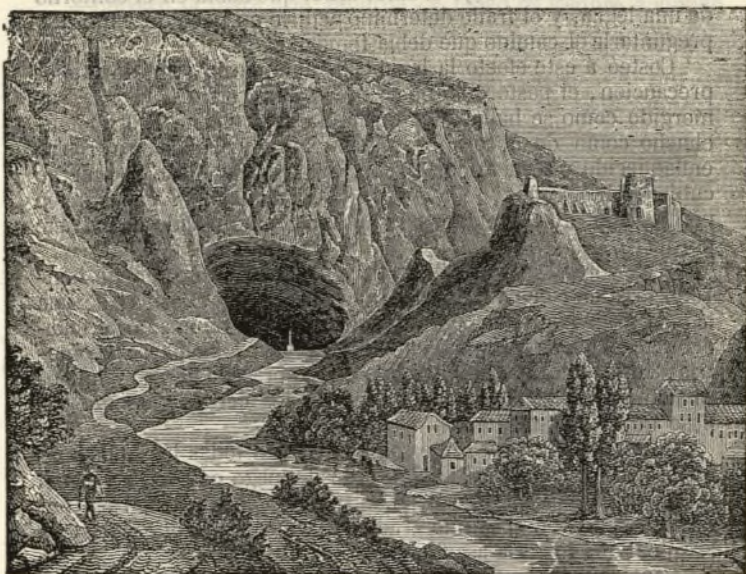
La hiena se defiende del león, y no teme á los tigres. Cuando le faltan presas en que cebar su voracidad, escarba la tierra, y desentierra los cuerpos de los animales muertos, asalta las tapias de los cementerios, y saca para devorar los cadáveres de los hombres, siendo esta una de sus comidas preferentes.

Las hienas se crían en los países mas cálidos del Africa, y tambien las hay en América. Los antiguos contaban mil fábulas de las hienas. Plinio refiere que las hienas saben imitar la voz humana, llamar al hombre, engañarle así atrayéndole á sus garas, y que los perros quedan mudos con solo ver su sombra.

M.



La Hiena.



Vista de Montalto.

SIXTO QUINTO.

VAMOS á contaros, queridos niños, la historia de un pobre mendigo que llegó á ser mas que un rey, puesto que logró ser Papa cuando todos los reyes de la tierra doblaban la rodilla ante la Santa Sede. Vamos á contaros la historia de Sixto Quinto, la cual os prestará valor, demostrándoos que nada es imposible al que sabe trabajar, al que sabe tener paciencia, al que sabe sufrir.

A eso del medio día, en el mes de junio de 1531, en el momento en que el sol de Italia lanzaba sus inflamados rayos, un fraile francisco de la Marca de Ancona, que habia perdido la ruta, buscaba con la vista algun aldeano que pudiese indicarle el camino. Toda la campiña se hallaba en silencio, y el fraile marchó algun tiempo á la aventura, buscando á lo menos un poco de sombra para resguardarse del calor. Habia ya andado mas de media legua atravesando los campos, cuando descubrió en la falda de una colina una manada de cerdos, que se rebotaban en el fango de una laguna medio seca. El guarda de la ignoble pia-

ra estaba recostado bajo el único árbol que había en el contorno de una legua, y el fraile determinó pedirle un poco de sombra, y preguntarle el camino que debía tomar.

Costeó á este efecto la laguna, y aunque no tomó la menor precaucion, el pastorcillo no se movió, ni volvió la cabeza, sumergido como se hallaba en profunda meditacion. Era un muchacho como de doce años, y sus largos cabellos, su rostro enflaquecido y tostado por el sol, sus negros ojos, su cuerpo cubierto de harapos, todo esto llamó la atencion al fraile, quien permaneció inmóvil algunos minutos, contemplando al extraño porquero.

Y en verdad que era un espectáculo interesante para un honrado cristiano encontrar en aquel desierto y á orillas de una laguna á semejante chico guardando cerdos. En cuanto al mancebo, se hallaba ocupado en resolver un problema de geometría, cuyas figuras había trazado en la abrasada tierra, y hubiera sido fácil robarle hasta el último de los cerdos, sin que saliese de su meditacion.

El bueno del fraile, que sabia muy bien todas las bellísimas historias del Evangelio, se figuró desde luego que acaso sería el porquero el hijo pródigo de sí mismo, escapado de la casa paterna, sumido en el último grado de la miseria, y que ya estaba arrepentido, historia asaz interesante.

Sentóse pues junto al mancebo, y luego que este hubo resuelto su problema, cuando alzó la vista del suelo, le dirigió el fraile la palabra.

«Quién eres, le dijo, y cómo te encuentras aquí trazando huellas humanas sobre la misma tierra en que guardas cerdos?»

El fraile aludia á las palabras de aquel náufrago ateniense que decía al ver en la orilla, figuras de geometría: *Animo, que aquí hay huellas humanas!*

El jóven le respondió con la mayor sencillez, que era un pobre muchacho, cuyo padre quedó arruinado cuando la lucha de Leon X contra el duque de Urbano; que servía en clase de criado con un propietario de la Marca de Ancona, y estudiaba cómo podía. Al mismo tiempo se animaban sus negros ojos y su voz estaba conmovida, notándose que la pasión por el estudio animaba á aquel jóven, y que un noble deseo le conducía á las ciencias, que veía en sus sueños, á quienes llamaba de todo corazón y que jamás echaba en olvido. El fraile escuchó por mas de una hora al mancebo, y luego que comprendió cuanto valía y todos los recursos de aquella imaginacion no cultivada, le dijo: «¿Cómo te llamas?»

—Feliz, contestó el mancebo; Feliz Peretti.

—Ea pues, Feliz! ven á mi convento, y en él tendrás libros, maestros y pan.

—Llevaré la pira á la zahurda, y luego os seguiré á donde querais, padre mio, no por el pan como un miserable porquero, sino por los libros y la ciencia.

—Vamos pues á conducir los cerdos, dijo el fraile.

Y tanto él como el chico encerraron los cerdos en la zahurda, trasladándose despues al convento de los franciscanos de Ascoli, donde Peretti quedó admitido aquella misma tarde.

Apenas comenzó Feliz á recibir las primeras lecciones de sus maestros, adelantó extraordinariamente, aplicándose con ardor á aprender el griego y el latin, y afrontándose con ciencias tan contrarias como la teología y la elocuencia, en las cuales hizo increíbles prodigios. Bien pronto de discípulo pasó á Bolonia en clase de comisario general de su orden, viéndosele aun muy jóven recorrer la Italia derramando elocuencia en las hermosas iglesias italianas, tan favorables á la inspiracion. Era ya una autoridad; pero nadie conocia su autoridad mejor que él: su vocación le llevaba á la última grada de la escala eclesiástica; y por la noche al tiempo de acostarse decia: «seré Papa!» al levantarse por la mañana decia: «seré Papa!» y siempre, en todas partes, repetia esas palabras, como una obligacion que tenia que cumplir mas tarde ó mas temprano! La voluntad es una de las mas poderosas palancas, pudiéndose solo con ella y sin ningun otro apoyo conmover al mundo.

Un día que Peretti tuvo una reyerta con la república de Venecia, porque era turbulento, inquieto y temible, salió de Venecia, diciendo que *habia hecho voto de ser Papa en Roma, y no queria ser ahorcado en Venecia.*

Entonces vió por primera vez á Roma, que algun dia habria de ser suya, y allí mudó de carácter, dejando el orgullo y la petulancia por la calma y la humildad. En Roma fué distinguido como en Bolonia, y Pio V, uno de sus discípulos que acababa de ser electo Papa, le nombró obispo y despues cardenal. Cardenal! una de las mayores dignidades en aquel tiempo; y el mismo dia en que le hicieron cardenal, el antiguo porquero se repitió á sí mismo: «seré Papa!»

Y en efecto, Pio V murió, y el sucesor de Pio V, Gregorio XIII, murió tambien. A la muerte del último Papa, el cardenal de Montalto, que así se llamaba el franciscano Feliz, dejó los negocios públicos, porque se hallaba enfermo, encorbadó, y solo pensaba en morir cuando el colegio de los cardenales se reunió para nombrar soberano pontifice. Todas las ambiciones de la iglesia católica y romana se hallaban en movimiento; se habian despertado todas las rivalidades, y el mundo cristiano aguardaba el que debia regirlo. Inciertos en su eleccion los cardenales que debian elegir Papa, nombraron al cardenal de Montalto, á quien veían tan viejo y maltratado, preparándose así para escoger otro

Papa con todo descanso cuando el recién nombrado muriese, lo cual habria de suceder muy pronto.

Y ved aquí como Feliz Peretti, cardenal de Montalto, dejó su nombre por el de SIXTO QUINTO, logrando ser soberano pontífice. Cuando el nuevo Papa fué nombrado, Roma entera se trasladó á la iglesia de S. Pedro; las grandes puertas de la iglesia se abrieron de un golpe, y el Papa, rodeado de sus cardenales, su guardia y toda su corte, se presentó en el altar mayor á dar gracias á Dios. Entró en la iglesia apoyado en su baston y como si se hallára en vísperas de su muerte; pero una vez arrodillado en el altar, y cuando dos cardenales se disponian á ayudarle á levantarse, Sixto Quinto se alzó derecho como un jóven; arrojó la muleta, y con fuerte y sonora voz, que resonó en las bóvedas de la vasta catedral, entonó el *Te Deum*. Los cardenales estupefactos no podian dar crédito á sus ojos y á sus oídos, y el pueblo, al ver al anciano convertido en jóven, lo atribuyó á milagro y dió gracias al cielo. Los cardenales y el pueblo acababan de saber que Roma y el mundo católico tenian soberano para mucho tiempo.

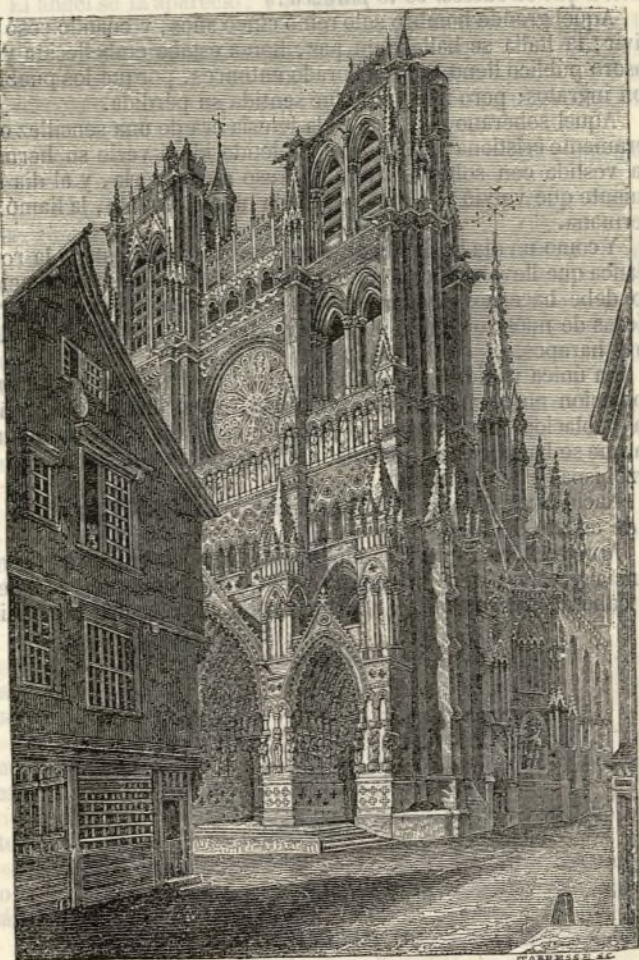
Aquella noche el cardenal de Médicis, cortesano hábil y astuto, felicitaba al pontífice por haber recobrado la salud, y Sixto Quinto le interrumpió diciéndole:

— Como buscaba las llaves del paraíso, para encontrarlas mejor bajaba la cabeza encorvándome; pero ya que las he encontrado solo miro al cielo.

Tal es la historia de tan sorprendente y merecida elevación. Sixto Quinto ha sido uno de los mas grandes pontífices de la iglesia, comenzando una importante reforma desde los primeros dias de su advenimiento. Gracias á él se reprimieron los robos en despoblado, azote que perseguia á la Italia hacia cincuenta años; la justicia que era venal se reformó; do quiera se alzaron patibulos para castigar á los bandidos y los prevaricadores, y el imperio romano respiró con aquella ley severa pero justa. «Me llamarán feroz y sanguinario, decia Sixto Quinto; pero he leído en el Evangelio que el mejor sacrificio que á Dios se puede hacer es castigar el crimen, esterminando á los malvados y á los perturbadores del reposo público.» Y tenia razon el noble pontífice, porque menos ejecuciones hubo durante su reinado que asesinatos por espacio de solo un mes antes de empezar los castigos.

Al mismo tiempo que afirmaba la paz en sus estados, protegia con todo su poder las bellas artes, gloria en todos tiempos de la encantadora Italia. Conocia de tal modo el terreno que pisaba, que encontró el obelisco de granito que Calígula hiciera venir de Egipto, y que hacia cien años que se hallaba sepultado. Cuatro meses y diez dias bastaron para volver á colocar la columna en su pedestal, y él fué quien agregó al Vaticano el vasto edi-

ficio llamado *Belveder*, palacio digno del antiguo y celebrado Apolo. Era el Papa un hombre que en todo se ocupaba; en premiar las ciencias y las artes, en formar bibliotecas y museos, en crear hospitales, en desecar lagunas, y en revisar la Biblia. Para



Vista de la Catedral de Montalto.

elogiar debidamente á Sixto Quinto, basta recordar que Enrique IV, rey célebre y hugonote, lo tenía en grande estima, y dijo

un día hablando de él: «es un gran Papa, y quiero hacerme católico, aunque no sea mas que para ser hijo de semejante padre.» Y cuando murió, el mismo Enrique IV hizo su oracion fúnebre en pocas palabras: «*pierdo un Papa que es otro yo! Dios quiera que su sucesor se le parezca!*»

Aquel grande hombre solo reinó cinco años, y cuando cesó de vivir, la Italia se hallaba en paz, Roma estaba embellecida y el tesoro público lleno. No fué llorado entonces, porque los pueblos son ingratos; pero mas tarde fué sentida su pérdida.

Aquel soberano pontífice de la iglesia era de una sencillez enteramente cristiana: así es que habiendo ido á verle su hermana vestida con soberbio traje, rehusó reconocerla, y al día siguiente que volvió al Vaticano vestida humildemente, la llamó su herinana.

Y como un día le manifestase que tenia en mal estado la ropa blanca que llevaba puesta, el pontífice le dijo: «nuestra elevacion no debe hacernos olvidar quienes somos, porque las primeras piezas de nuestro escudo están formadas con chanclos de madera y harapos.»

La única vanidad, inocente vanidad! que tuvo fué elevar una poblacion en el sitio en que guardaba los cerdos cuando niño. La poblacion fué elevada; se edificó una iglesia sobre la laguna en que se bañaban los puercos, convirtiéndose esta iglesia en el arzobispado de Montalto.

Nació Sixto Quinto el 13 de diciembre de 1531, y murió el 7 de agosto de 1590.

Aprovechaos, queridos niños, de este ejemplo de perseverancia y valor; pero mientras podais, no os encorveis ni bajeis la cabeza, porque ni la ambicion mas noble disculpa la astucia.

HISTORIA SAGRADA.

SAMSON.

I.

SU NACIMIENTO.

ABESAN sucedió á Jepté, y en pos de él reinaron Absalon y Abdon, los cuales gobernaron el Egipto uno despues del otro.

Entonces los Hebreos tuvieron que sufrir el yugo de los Philisteos por espacio de cuarenta años.

Habia un hombre llamado Manué, cuya mujer no había tenido hijos.

El ángel se la apareció, y la dijo:

—Si no tienes hijos, pronto tendrás uno que principiará la obra de emancipación por parte de Israel contra los Philisteos.

Otras muchas veces se le apareció el ángel del Señor, y Manué ofreció á Dios un sacrificio. La llama celeste brilló en el altar, y el ángel desapareció en medio del fuego.

A poco aquella mujer dió á luz un hijo, á quien puso por nombre Samson. El niño creció, y el Señor lo bendijo.

Cuando llegó á ser hombre, vió á una jóven de los Philisteos, con quien quiso contraer matrimonio.

Un día que iba Samson en compañía de sus padres á Thamnatha, donde vivía la jóven, se le apareció de repente un león furioso, dando rugidos y con las melenas herizadas. El Señor dió fuerzas á Samson, que se arrojó al león y lo hizo pedazos como hubiera podido hacer con un cabrito, aunque no llevaba armas.

Pocos días después, yendo al mismo lugar, encontró un enjambre de abejas y un panal de miel en las fauces del león muerto y tendido en tierra.

Recogió la miel, y la distribuyó entre su padre y su madre.

A poco se casó con la jóven philistea á quien amaba.

Pero pronto se arrepintió Samson de lo que habia hecho, porque su mujer lo abandonó.

Entonces exclamó:

—Los Philisteos no podrán quejarse de mí, si les devuelvo el mal que me han causado.

Después reunió trescientas zorras que ató unas con otras por las colas, les puso mechas encendidas, y las asustó para que corriesen por todas partes.

Espantadas las zorras con la luz que llevaban detrás, huyeron al campo de los Philisteos, y el fuego consumió las mieses que estaban en gavillas, los olivos y las vides.

Cuando los Philisteos preguntaron ¿quién ha cometido este atentado? les respondieron:

—Samson, yerno de un habitante de Thamnatha, ha causado este desastre, porque su suegro le ha arrebatado su mujer, dándola á otro.

Furiosos los Philisteos, quemaron á la mujer de Samson y á su padre, y quisieron apoderarse de aquel.

Samson los derrotó, haciendo en ellos tal carnicería que los puso en consternación. Después se retiró á la caverna de la roca de Etam.

Los Philisteos invadieron las tierras de la tribu de Judá con el designio de prender á Samson y atarle. Entonces los de Judá fueron á la caverna, y dijeron á Samson:

—Si sabes que estamos sometidos á los Philisteos, ¿por qué los has tratado de ese modo?

—Los he devuelto el daño que me han causado.

—Hemos venido á atarte, y entregarte en manos de los Philisteos.

—Juradme que no me mataréis.

Los de Judá se lo prometieron; lo ataron con dos gruesas cuerdas nuevas, y lo sacaron de la roca de Etam.

Cuando los Philisteos los encontraron en el sitio que despues se llamó Lechí, es decir, la quijada, dieron gritos de alegría.

El espíritu del Señor animó á Samson, rompió las cuerdas que le sujetaban, y cojiendo una quijada de borrico que habia allí, se arrojó á los Philisteos, y dió muerte á mil de ellos. Entonces sintió una sed abrasadora.

—Señor! exclamó; vos sois quien habeis librado á vuestro siervo, haciéndole obtener tan señalada victoria.... Pero ahora se muere de sed, y caerá sin fuerzas en manos de sus enemigos.

El Señor abrió uno de los grandes dientes de la quijada del burro, y saltó agua de él. Samson apagó la sed, y recobró sus fuerzas.

II.

SU MUERTE.

Algun tiempo despues de esta victoria Samson marchó á Gaza.

Habiendo sabido los Philisteos que se hallaba en aquella poblacion, la cercaron y pusieron guardias en todas las puertas durante la noche, á fin de matarle cuando saliese por la mañana.

Samson durmió hasta las doce de la noche. Levantóse á esta hora, cogió las dos puertas de la villa con sus candados y cerraduras, se las echó á la espalda, y las condujo á la cumbre del monte que está en frente de Hedron.

Amaba Samson á una mujer llamada Dalila, y habiéndolo sabido los príncipes de los Philisteos, la buscaron y la dijeron:

«Engaña á Samson, averigua de donde le proviene una fuerza tan extraordinaria, y cómo podríamos vencerle.»

»Si lo haces así, cada uno de nosotros te dará mil y cien monedas de plata.»

Dalila dijo á Samson:

«¿De dónde te viene esa fuerza que espanta á tus enemi-

gos? ¿Con qué sería preciso atarte para impedir que te escaparas?

—Si me atáran con cuerdas gruesas que estuviesen húmedas en vez de secas, sería tan débil como los demás hombres,» respondió Samson.

Dalila lo manifestó así á los príncipes, y le llevaron siete cuerdas húmedas con las cuales le ató.

Ocultó en la habitación á los que debían apoderarse de él, y después gritó:

«Samson, los Philisteos caen sobre ti.»

Samson se levantó de repente, y rompió las cuerdas como se rompe un hilo de estopa que se acerca al fuego.

Dalila se quejó de que la había engañado, y entonces le dijo Samson que perdería su fuerza si le ataban con cuerdas nuevas de que nadie se hubiera servido; pero también las rompió sin esfuerzos.

Samson le dijo en seguida: «si hicieras siete trenzas de mis cabellos con el hilo que sirve para formar la tela, y lo atases á un clavo fijo en tierra, perdería mi fuerza.»—Pero esta prueba fué tan vana como las anteriores.

Tanto le rogó Dalila, que al fin se resolvió á descubrirle la verdad.

«Soy Nazareno, le dijo, es decir, consagrado á Dios desde mi infancia, y jamás me han cortado el cabello: si me rapáran la cabeza, me convertiría en débil, ni mas ni menos que otros hombres.»

Viendo Dalila que aquella vez no la engañaba, avisó á los príncipes de los Philisteos, los cuales la llevaron el dinero que la habían prometido.

Invitó á Samson á que se durmiese en su regazo, y durante su sueño le cortó los cabellos. Cuando le gritó:

«Samson, los Philisteos caen sobre ti.»

respondió:

«Me libraré de ellos como otras veces.»

Porque no sabía que el espíritu de Dios le había abandonado; pero fué en vano, fué vencido.

Los Philisteos le prendieron, le arrancaron los ojos, y conduciéndolo á Gaza cargado de cadenas, lo metieron en un calabozo, y le hicieron dar vueltas á la rueda de un molino como una bestia de carga, insultándole por espacio de muchos meses.

Pronto comenzaron á brotar sus cabellos. Por entonces, los príncipes de los Philisteos se reunieron en solemne asamblea para ofrecer un sacrificio á Dagon, su dios, con el fin de darle gracias porque los había librado de Samson.

Hicieron festejos suntuosos; se divertieron mucho, y después

de comer ordenaron que condujesen allí el prisionero para es-
carnecerlo.

Samson fué llevado á su presencia, y dijo á los que le custodiaban:

«Dejadme tocar las columnas que sostienen toda la casa, á fin de que pueda apoyarme y descansar un poco.»

El edificio estaba lleno de hombres y mujeres, hasta el número de tres mil, y todos los príncipes philisteos se hallaban reunidos allí.

Samson invocó al Señor,

«Dios mío! le dijo, acordaos de mí; volvedme mi anterior fuerza, á fin de poder vengarme de mis enemigos, que me han sacado los ojos.»

Cogió con los brazos las dos columnas sobre que descansaba el edificio, y las sacudió con fuerza. Al punto vino á tierra la casa, y todos los que se hallaban dentro, incluso Samson, murieron aplastados.

Los hermanos y los parientes de Samson recogieron su cadáver, y lo enterraron en el sepulcro de su padre Manué.

Samson reinó en Israel por espacio de veinte años, pero no se libró del yugo de los Philisteos.

Después de la muerte de Samson, el pueblo de Israel, sin jefe que le mandase, cayó en todos los desórdenes que engendran las malas pasiones. El culto de los dioses falsos reemplazó al del Señor, y el vicio, la corrupcion, y el crimen se apoderaron de todos los corazones.

JUSTICIA DEL DUQUE CARLOS DE CALABRIA.

ANÉCDOTA.

CARLOS, duque de Calabria en Italia, administraba justicia diariamente, asistido de sus ministros y sus consejeros, á los cuales reunía en su palacio; y temiendo que los guardias no hiciesen entrar á los pobres, habia colocado en el mismo tribunal una campanilla, cuyo cordon iba á parar al primer patio. Un caballo viejo, abandonado por su dueño, fué á restregarse contra la pared, é hizo sonar la campanilla. «Abrid, dijo el príncipe, y que entre cualquiera que sea.—Es el caballo del general Capezio, contestó el guardia entrando, y toda la asamblea soltó la carcajada.

—Os reís? preguntó el príncipe.... Sabed que la exacta justicia se extiende hasta los animales; con que llamad á Capecio.»

Cuando este hubo llegado, le dijo: «Ola! ¿por qué dejar vagar á ese caballo?—Ah! señor, respondió el gentil hombre, fué un soberbio potro en su tiempo, y ha estado conmigo en veinte campañas; pero ya es inútil, y no estoy en ánimo de darle de comer sin ningún provecho.—Te recompensó bien el rey mi padre?—Me colmó de beneficios, señor!—Y no te dignas alimentar á ese generoso animal que tuvo tanta parte en tus servicios! Colócale en el pesebre de tu mejor cuadra, y que sea tratado como los demás animales domésticos, pues de lo contrario no te tendré por leal caballero, y te retiraré mi soberana protección.» Desde entonces el general lo encargó á uno de sus ordenanzas, que le cuidaba con el mayor esmero, llevándolo á pasear, dándole de beber, y cuidándole como al caballo de batalla de su general.



LA AMBICION CASTIGADA.

El hermano del Lord Marcartney, devorado por una sorda ambicion, afectaba desdeñar las grandes dignidades. El rey de Inglaterra Carlos II quiso juzgar por sí mismo de esta rara abnegacion. Hallábase entonces vacante el empleo de embajador del gabinete de S. James, que es como se llama al gobierno inglés en Madrid. Preguntó el rey al lord si sabia el español.—No señor.—Lo siento.—Qué importa! si es del agrado de V. M. lo sabré muy pronto.—Está bien! aprendedlo pronto. La esperanza de obtener la embajada vacante ocupó toda el alma del noble inglés, que corre presuroso á su casa; se encierra en ella tres meses enteros, y sale al fin poseyendo su lengua, y viéndose ya embajador en Madrid. Hácese anunciar al rey, y comienza por pronunciar una arenga en correcto español.—Muy bien, magnífico! dijo el rey interrumpiéndole, puesto que tanto habeis aprovechado, no tengo por ahora mas que aconsejaros que leais el *Don Quijote* en su idioma original, porque me han dicho que todas las traducciones que se han hecho de él no valen nada!

EL MENDIGO.

¿Ves ese pobre, hijo mio,
Que apenas moverse puede,
Y al intenso dolor cede
Aterido por el frio?...

¿Ves con cuánta lentitud
Su pié doliente camina,
Y cómo la frente inelina
Al peso de su inquietud?...

Pues es, como tú, un mortal
Que sintió un día el placer,
Y tierna madre al nacer
Le envolvió en rico cendal.